

noche, que, por descuidarlos y no ser visto, aguardó aquella hora. Mas por bien que caminó, ya se sabía su venida por la centinela, que llegó media hora primero, y estaban ya todos los caballos ensillados, y muchos enfrenados, y los hombres armados. Entró tan sin ruido, que primero dijo, «Cierra y á ellos,» que fuese visto, aunque tocaban al arma. Andaban muchos cocuyos, y pensaron que eran mechas de arcabuz. Si un tiro soltaran, huyeran. Dijeron á Narváez, estando poniéndose una cota: «Catad, señor, que entra Cortés.» Respondió: «Dejadle venir; que me viene á ver.» Tenía Narváez su gente en cuatro torrecillas con sus salas y aposentos, y él estaba en la una con hasta cien españoles, y á la puerta trece tiros, ó según otros dicen, diecisiete, todos de fruslera. Hizo Cortés subir arriba á Gonzalo de Sandoval con cuarenta ó cincuenta compañeros, y él quedóse á la puerta para defender la entrada con veinte; los demás cercaron las torres; y así no se pudieron socorrer los unos á los otros. Narváez, como sintió el ruido cabe sí, quiso pelear, por más que le fué requerido y rogado; y al salir de su cámara le dieron un picazo los de Cortés, que le sacaron un ojo. Echáronle luego mano, y arrastrando le llevaron las escaleras abajo. Cuando se vió delante de Cortés dijo:

«Señor Cortés, tened en mucho la ventura de tener mi persona presa.» Él le respondió: «Lo menos que yo he hecho en esta tierra es haberos prendido.» Luego le hizo aprisionar y llevar á la Villarica, y le tuvo algunos años preso. Duró el combate asaz poco, ca dentro de una hora estaba preso Pánfilo y los más principales de su hueste, y quitadas las armas á los demás. Murieron diez y seis de la parte de Narváez, y de la de Cortés dos solamente, que mató un tiro. No tuvieron tiempo ni lugar de poner fuego á la artillería, con la priesa que Cortés les dió, si no fué un tiro, con que mataron aquellos dos. Teníanlos atapados con cera por la mucha agua. De aquí tomaron ocasión los vencidos para decir que Cortés tenía sobornado el ar-

tillero y á otros. Mucha templanza tuvo aquí Cortés, que aun de palabra no injurió á ninguno de los presos y rendidos, ni á Narváez, que tanto mal había dicho de él, estando muchos de los suyos con gana de vengarse; y Pedro de Malvenda, criado de Diego Velázquez, que venía por mayordomo de Narváez, recogió y guardó los navíos y toda la ropa y hacienda de entrambos, sin que Cortés se lo impidiese. ¿Cuánta ventaja hace un hombre á otro? ¿Qué hizo, dijo, pensó cada capitán de estos dos? Pocas veces, ó nunca por ventura, tan pocos vencieron á tantos de una misma nación; especial estando los muchos en lugar fuerte, descansados y bien armados.

#### Mortandad por viruelas

Costó esta guerra muchos dineros á Diego Velázquez, la honra y un ojo á Pánfilo de Narváez, y muchas vidas de indios que murieron, no á hierro, sino de dolencia; y fué que, como la gente de Narváez salió á tierra, salió también un negro con viruelas; el cual las pegó en la casa que lo tenían en Cempoallán, y luego un indio á otro; y como eran muchos, y dormían y comían juntos, cundieron tanto en breve, que por toda aquella tierra anduvieron matando. En las más casas morían todos, y en muchos pueblos la mitad, que como era nueva enfermedad para ellos, y acostumbraban bañarse á todos males, bañábanse con ellas, y tullíanse; y aun tienen por costumbre ó vicio entrar en baños fríos saliendo de calientes, y por maravilla escapaba hombre que las tuviese; y los que vivos quedaron, quedaban de tal suerte, por haberse rascado, que espantaban á los otros con los muchos y grandes hoyos que se les hicieron en las caras, manos y cuerpo.

Sobrevinóles hambre, y no tanto de pan como de harina; porque, como ni tienen molinos ni tahonas, no hacen



otro las mujeres sino moler su grano de centli entre dos piedras, y cocer. Cayeron pues malas de las viruelas, y faltó el pan, y perecieron muchos de hambre. Hedían tanto los cuerpos muertos, que nadie los quería enterrar, y con esto estaban llenas las calles; y porque no los echasen en ellas, diz que derribaba la justicia las casas sobre los muertos. Llamaron los indios á este mal huizauatl, que suena la gran lepra. De la cual, como de cosa muy señalada, contaban después ellos sus años. Parece que pagaron aquí las bubas que pegaron á los nuestros, según en otro capítulo tengo dicho.

#### Rebelión de Méjico contra los españoles

Conocía Cortés casi á todos aquellos que venían con Narváez. Hablóles cortésmente. Rogóles que olvidasen lo pasado, que así haría él, y que tuviesen por bien de ser sus amigos, é irse con él á Méjico, que era el más rico pueblo de Indias. Volvióles sus armas, que las habían perdido muchos, y á muy pocos dejó presos con Narváez. Los de caballo se salieron al campo con ánimo de pelear, mas luego se dieron por lo que les dijo y prometió. En fin, todos ellos, que no venían sino á gozar la tierra, holgaron de ello, y lo siguieron y sirvieron. Rehizo la guarnición de la Veracruz, y envió allí los navíos de la flota. Despachó doscientos españoles al río de Garay, y tornó á enviar á Juan Velázquez de León con otros doscientos á poblar en Coazacoalco. Envió delante un español con la nueva de la victoria, y él partióse luego á Méjico, no sin cuidado de los suyos que allá estaban, á causa de los mensajeros de Narváez á Motezuma. El español que fué con las nuevas, en lugar de albricias, hubo heridas que le dieron los indios alzados. Mas, aunque llagado, tornó á decir á Cortés cómo los indios estaban rebelados y con armas, y que habían

quemado las cuatro fustas, combatido la casa y fuerte de los españoles, derribado una pared, minado otra, puesto fuego á las municiones, quitádoles las vituallas, y llegado á tanto aprieto, que mataran ó prendieran los españoles si Motezuma no les mandara dejar el combate, y aun con todo eso, no dejaron las armas ni el cerco; solamente aflojaron por complacer á su señor. Estas nuevas fueron muy tristes para Cortés, ca le volvieron su gozo en cuidado, y le hicieron apresurar el camino para socorrer á sus amigos y compañeros; y si un poco más tardara, no los hallara vivos, sino muertos ó para sacrificar. La mayor esperanza que tuvo de no perderlos y perderse, fué no haberse ido Motezuma. Hizo reseña en Tlaxcallán de los españoles que llevaba, y eran mil peones y ciento de caballo, ca llamó á los que enviara á poblar. No paró hasta Tezcuco, donde no vió los caballeros que conocía, ni le recibieron como otras veces, ni por el camino tampoco; antes halló la tierra, ó despoblada ó alborotada. Á Tezcuco le vino un español que Alvarado le enviaba á le llamar y certificar de lo arriba dicho, y que entrase presto, porque con su ida aflojaría la ira. Vino asimismo con el español un indio de parte de Motezuma, que le dijo cómo de lo pasado él estaba sin culpa, y que si traía enojo de él, que lo perdiese, y se fuése al aposento de primero, donde él se estaba, y los españoles también vivos y sanos, como se los dejó. Con esto descansaron él y los demás españoles aquella noche, y otro día, que fué San Juan Bautista, entró por Méjico á hora de comer, con ciento de caballo y mil españoles, y muchedumbre de los amigos de Tlaxcallán, Huexocinco y Chololla. Vió poca gente por las calles, no recibimiento, algunos puentes desbaratados y otras ruines señales. Llegó á su aposento, y los que no cupieron en él, fuéronse al templo mayor. Motezuma salió al patio á recibirle, penado, á lo que mostraba, de lo que los suyos habían hecho. Disculpóse, y entróse cada uno en su cámara. Pedro de Alvarado y los otros españoles no se veían de placer con su



llegada y la de tantos, que les daban las vidas, que tenían medio perdidas. Saludáronse unos á otros, y preguntáronse cómo estaban y venían, y cuanto los unos contaban de bueno, tanto los otros de malo.

#### Las causas de la rebelión

Quiso Cortés por entero saber la causa del levantamiento de los indios mejicanos. Preguntólo á todos juntos. Unos decían que por lo que Narváez les enviara á decir, otros que por echarlos de Méjico para que se fuesen, como estaba concertado, en teniendo navíos, pues peleando les voceaban: «Íos, íos de aquí;» otros que por libertar á Motezuma, que en los combates decían: «Soltad nuestro dios y rey si no queréis ser muertos;» quien decía que por robarles el oro, plata y joyas que tenían, y que valían más de setecientos mil ducados; pues oían á los que llegaban cerca: «Aquí dejaréis el oro que nos habéis tomado;» quien por no ver allí á los tlazcaltecas y otros que sus enemigos mortales eran; muchos, en fin, creían que por haberles derribado los ídolos de sus dioses, y por decirselo el diablo. Cada cual de estas causas era bastante á que se rebelasen, cuanto más todas juntas. Pero la principal fué porque pocos días después de ido Cortés á Narváez, vino cierta fiesta solemne que los mejicanos celebraban, y quisieronla celebrar como solían, y para ello pidieron licencia á Pedro de Alvarado, que quedó alcaide y teniente por Cortés, porque no pensase, á lo que ellos decían, que se juntaban para matar los españoles. Alvarado se la dió, con tal que en el sacrificio no interviniese muerte de hombres ni llevasen armas. Juntáronse más de seiscientos caballeros y principales personas, y aun algunos señores, en el templo mayor; otros dicen más de mil. Hicieron grandísimo ruido aquella noche con atabales, caracoles, cornetas,

huesos hendidos, con que silban muy recio. Hicieron su fiesta, y desnudos, empero cubiertos de piedras y perlas, collares, cintas, brazaletes y otras muchas joyas de oro, plata y aljófar, y con muy ricos penachos en las cabezas, bailaron el baile que llaman mazeualiztli, que quiere decir merecimiento con trabajo, y así dicen mazauali por labrador. Este baile es como el netoteliztli, que dije; ca ponen esteras en los patios de los templos, y encima de ellas los atabales. Danzan en corro, trabados de las manos y por renglera; bailan al són de los que cantan, y responden bailando. Los cantares son santos, y no profanos, en alabanza del dios cuya es la fiesta, porque les dé agua ó grano, salud, victoria, ó porque les dió paz. hijos, sanidad y otras cosas así, y dicen los prácticos de esta lengua y ritos ceremoniales, que cuando bailan así en los templos, que hacen otras muy diferentes mudanzas que al netoteliztli, así con la voz como con meneos del cuerpo, cabeza, brazos y pies, en que manifestaban sus conceptos, malos ó buenos, sucios ó loables. Á este baile llaman españoles areito, que es vocablo de las islas de Cuba y Santo Domingo. Estando pues bailando aquellos caballeros mejicanos en el patio del templo de Vitcilopuchtli, fué allá Pedro de Alvarado. Si fué de su cabeza ó por acuerdo de todos no lo sabría decir; mas de que unos dicen que fué avisado que aquellos indios, como principales de la ciudad, se habían juntado allí á concertar el motín y rebelión que después hicieron; otros, que al principio fueron á verlos bailar baile tan loado y famoso, y viéndolos tan ricos, que se acodiciaron al oro que traían á cuestras, y así tomó las puertas con cada diez ó doce españoles, y entró él dentro con más de cincuenta, y sin duelo ni piedad cristiana los acuchilló y mató, y quitó lo que tenían encima. Cortés, aunque le debió pesar, disimuló por no enojar á los que lo hicieron; ca estaba en tiempo que los había bien menester, ó para contra los indios ó porque no hubiese novedad entre los suyos.



## Las amenazas que hacían los de Méjico á los españoles

Sabida la causa de la rebelión, preguntóles Cortés cómo peleaban los enemigos. Ellos dijeron que luego como tomaron armas cargaron con furia muy grande, pelearon y combatieron la casa diez días arreo, en los cuales habían hecho los daños que ya sabía, y que por no dar lugar que Motezuma se saliese y se fuese á Narváez, como algunos decían, no habían ellos osado salir de casa á pelear por las calles, sino defenderse solamente y guardar á Motezuma, como se lo dejara encargado; y que como eran pocos, y los indios muchos, y que de credo á credo se remudaban, que no sólo se cansaban, mas que desmayaban, y si á los primeros rebatos no subía Motezuma á una azotea y mandaba á los suyos que estuviesen quedos, si lo querían vivo, ya estuvieran todos muertos; ca luego en viéndole cesaban. Dijeron también que como vino la nueva de la victoria contra Pánfilo, Motezuma les mandó, y ellos quisieron aflojar y no pelear; no, según era fama, de miedo, sino porque llegado él, los matasen á todos juntos; mas empero que arrepentidos, y conociendo que venido Cortés con tantos españoles, tendrían más que hacer, volvieron á las armas y batería como de primero, y aun con más gana y denuedo; de donde coligieron algunos que no era con voluntad de Motezuma. Contaron asimismo muchos milagros: que como les faltase agua de beber, cavaron en el patio de su aposento hasta la rodilla ó poco más, y salió agua dulce, siendo el suelo salobral; que muchas veces se ensayaron los indios á quitar la imagen de Nuestra Señora gloriosísima del altar donde Cortés la puso, y en tocándola se les pegaba la mano á lo que tocaban, y en buen rato no se les despegaba, y despegada, quedaba con señal; y así, la dejaron estar; que cargaron un día de recio comba-

te el mayor tiro, y cuando le pusieron fuego para arredrar los enemigos no quiso salir; los cuales, como vieron esto, arremetieron muy denodadamente con terrible grito, con palos, flechas, lanzas y piedras, que cubrían la casa y calle, diciendo: ahora redimiremos nuestro rey, libertaremos nuestras casas y nos vengaremos; mas al mejor hervor del combate soltó el tiro, sin lo cebar más ni ponerle de nuevo fuego, con espantoso sonido; y como era grande y tenía perdigones con la pelota, escupió muy recio, mató muchos y asombrólos á todos; y así, atónitos se retiraron; que andaban peleando por los españoles Santa María y Santiago en un caballo blanco, y decían los indios que el caballo hería y mataba tantos con la boca y con los pies y manos como el caballero con la espada, y que la mujer del altar les echaba polvo por las caras y los cegaba; y así, no viendo á pelear, se iban á sus casas pensando estar ciegos, y allá se hallaron buenos; y cuando volvían á combatir la casa, decían: «Si no tuviésemos miedo á una mujer y al del caballo blanco, ya estaría derribada vuestra casa, vosotros cocidos, aunque no comidos, ca no sois buenos de comer; que el otro día lo probamos y amargáis; mas echarvos hemos á las águilas, leones, tigres y culebras, que os traguen por nosotros; pero con todo esto, si no soltáis á Motezumacín y os vais luego, presto seréis muertos santamente, cocidos con chilmolli y comidos de brutos animales, pues no sois buenos para estómagos de hombres; porque siendo Motezumacín nuestro señor y el dios que nos da mantenimiento, le osaste prender y tocar con vuestras robadoras manos, y á vosotros, que tomáis lo ajeno, ¿cómo os sufre la tierra, que no os traga vivos? Pero andar; que nuestros dioses, cuya religión profanastes, os darán vuestro merecido; y si no lo hacen presto, nosotros vos mataremos y despojaremos luego, y á esos hi de ruines y apocados de Tlaxcallán, vuestros esclavos, que no se irán sin castigo ni alabando que toman las mujeres de sus señores y piden tributo á quien pechaban.» Estas y tales



cosas braveaban y baladreaban aquellos mejicanos; y los nuestros, que de puro miedo estaban ciscados, los reprendían de semejantes boberías que se dejaban decir cerca de Motezuma, diciéndoles que era hombre mortal, y no mejor ni diferente de ellos; que sus dioses eran vanos y su religión falsa, y la nuestra cierta y buena; nuestro Dios justo, verdadero criador de todas las cosas, y la mujer que peleaba era madre de Cristo, dios de los cristianos, y el del caballo blanco era apóstol del mismo Cristo, venido del cielo á defender aquellos poquitos españoles y á matar tantos indios.

El estrecho en que los mejicanos pusieron á los españoles

En oír esto, en mirar la casa y proveer lo necesario se pasó aquella noche, y luego por la mañana, para saber de qué intención estaban los indios con su llegada, dijo Cortés que hiciesen mercado, como solían, de todas las cosas, y ellos estar quedos. Entonces le dijo Alvarado que hiciese del enojado con él, y como que le quería prender y castigar por lo que hizo, ca le remordía la conciencia, pensando que así Motezuma y los suyos se aplacarían y aun rogarían por él.

Cortés no curó de aquello, antes muy enojado, dijo, á lo que dicen, que eran unos perros, y que con ellos no había necesidad de cumplimento, y mandó luego á un principal caballero mejicano que allí estaba que en todas maneras hiciesen mercado. El indio conoció que hablaban mal de ellos, teniéndolos en poco más que bestias, y enojóse también él, y desdeñado, fué como que á cumplir lo que Cortés mandaba, y no fué sino á pedir libertad y á publicar las palabras injuriosas que oyera, y en poco tiempo revolió la feria, porque unos quebraban las puentes, otros llamaban los vecinos, y todos á una dieron sobre los

españoles y cercáronles la casa con tanta grita, que no se oían. Tiraban tantas piedras, que parecía pedrisco; tantas flechas y dardos, que henchían paredes y patio á no poder andar por él. Salió Cortés por una parte y otro capitán por otra, con cada doscientos españoles, y pelearon con ellos los indios reciamente, y les mataron cuatro españoles, hirieron á otros muchos de los nuestros, y no murieron de ellos sino pocos, por tener la guarida cerca ó en las casas, ó tras las puentes y albarradas. Si arremetían los nuestros por las calles, luego les atajaban las puentes; si á las casas, recibían mucho daño de las azoteas, con los cantos y piedras que de ellas arrojaban. Al retirar los persiguieron terriblemente. Pusieron fuego á la casa por muchas partes, y por una se quemó un buen pedazo sin poderlo amatar, hasta derribar sobre él unas cámaras y paredes, por donde entraran á escala vista, si no fuera por la artillería, ballestas y escopetas que se pusieron allí. Duró la pelea y combate todo el día, hasta ser de noche, y aun entonces no los dejaban, con grita y rebates. No durmieron mucho aquella noche, sino reparar los portillos de lo quemado y flaco, curar los heridos, que eran más de ochenta, concertar las estancias, ordenar la gente para pelear otro día, si menester fuese. Como fué día, fueron sobre ellos más indios y más recio que el día antes; tanto, que los artilleros sin asestar jugaban con los tiros. Ninguna mella hacían en ellos ballestas ni escopetas, ni trece falconetes que siempre disparaban, porque aunque llevaba el tiro diez y quince y aun veinte indios, luego cerraban por allí, que parecía no haber hecho daño. Salió Cortés con otros tantos, como el día de atrás; ganó algunas puentes, quemó algunas casas, y mató en ellas muchos que dentro se defendían; mas eran tantos los indios, que ni se descubría el daño ni se sentía; y eran pocos los nuestros, que con pelear todas las horas del día, no bastaban á defenderse, cuanto más á ofender. No fué muerto español ninguno; mas quedaron heridos sesenta, de piedra ó saeta, que tuvieron bien qué curar



aquella noche. Para remediar que de las casas y azoteas no recibiesen daño ni heridas, como hasta allí, hicieron tres ingenios de madera, cuadrados, cubiertos y con sus ruedas, para llevarlos mejor. Cabía cada uno veinte hombres con picas, escopetas y ballestas, y un tiro. Detrás de ellos habían de ir azadoneros para derrocar casas y albarradas, ó para regir y ayudar á ir el ingenio.

#### La muerte de Motezuma

Entre tanto que se hacían estos ingenios no salían los nuestros á pelear, ocupados en la obra; solamente resistían; mas los enemigos, pensando que todos estaban muy mal heridos, combatíanlos á más no poder, y aun les decían denuestos y palabras injuriosas, y amenazábanlos que si no les daban á Motezuma, que les darian la más cruda muerte que jamás hombres llevaron. Cargaban tanto y porfiaban á entrar la casa, que rogó Cortés á Motezuma se subiese á una azotea alta y mandase á los suyos cesar é irse. Subió, púsose al pretil para hablarles, y en comenzando, tiraron tantas piedras de abajo y de las casas fronteras, que de una que le acertó en las sienas le derribaron y mataron sus propios vasallos. Y no lo quisieran hacer más que sacarse los ojos; ni lo vieron, cómo le tenía un español cubierto y amparado con una rodela, no le diesen en la cara alguna pedrada, que tiraban muchas; ni creyeron que estaba allí, por más señas y voces que les daban. Luego Cortés publicó la herida y peligro de Motezuma; mas unos lo creían, y otros no; empero todos peleaban á porfia. Tres días estuvo Motezuma con dolor de cabeza, y al cabo murióse. Cortés, porque los indios viesen que moría de la pedrada que ellos le habían dado, y no de mal que él le hubiese hecho, lo hizo sacar á cuestras á dos caballeros mejicanos y presos, que dijeron la verdad á los ciudada-

nos; los cuales á la sazón estaban combatiendo la casa; mas ni por eso no dejaron el combate ni la guerra, como muchos de los nuestros pensaban; antes la hicieron mayor y sin ningún respeto. Al retirar hicieron muy gran llanto para enterrar al rey en Chapultepec. De esta manera murió Motezumacín, que de los indios era por dios tenido, y que tan gran rey como dicho es era. Pidió el bautismo, según dice, por Carnestolendas; y no se lo dieron entonces por dárselo la Pascua con la solemnidad que requería tan alto sacramento y tan poderoso príncipe, aunque mejor fuera no alargarlo; mas como vino primero Pánfilo de Narváez, no se pudo hacer, y después de herido olvidóse, con la priesa del pelear. Afirman que nunca Motezuma, aunque de muchos fué requerido, consintió en muerte de español ni en daño de Cortés, á quien mucho amaba. También hay quien lo contrario diga. Todos dan buenas razones; mas empero no pudieron saber la verdad nuestros españoles, porque ni entonces entendían el lenguaje, ni después hallaron vivo á ninguno con quien Motezuma hubiese comunicado esta puridad. Una cosa sé decir, que nunca dijo mal de españoles, que no poco enojo y descontento era para los suyos. Dicen los indios que fué el mejor de su linaje y el mejor rey de Méjico. Y es gran cosa que cuando los reino más florecen y más encumbrados están, entonces se caen y pierden ó truecan señor, según historias cuentan, y como lo hemos visto en este Motezuma y en Atabaliba. Más perdieron nuestros españoles con la muerte de Motezuma que los indios, si bien consideráredes las muertes y destrozo que luego se siguió á los unos, y el contentamiento y descanso de los otros; ca muerto él, se quedaron en sus casas y tomaron nuevo rey. Fué Motezuma reglado en el comer; no vicioso, como otros indios, aunque tenía muchas mujeres. Fué dadivoso y muy franco con españoles, y creo que también con los suyos; ca si fuera por arte, y no por natura, fácilmente se le conociera al dar en el semblante; que los que dan de mala gana, mucho



descubren el corazón. Cuentan que fué sabio: á mi parecer, ó fué muy sabio, pues pasaba por las cosas así, ó muy necio, que no las sentía. Fué tan religioso como belicoso, aunque tuvo muchas guerras, en que se halló presente. Dicen que venció nueve batallas y otros nueve campos en desafío, uno á uno. Reinó diecisiete años y algunos meses.

#### Los combates que unos á otros se daban

Muerto que fué Motezuma, envió á decir Cortés á sus sobrinos y á los otros señores y capitanes que sustentaban la guerra, que les quería hablar. Vinieron y él les dijo desde aquella misma azotea que le mataran, que pues era muerto Motezuma, dejasen las armas y atendiesen á elegir otro rey y enterrar el difunto; que se quería hallar á las honras como amigo. Y que supiesen cómo por amor de Motezuma, que se lo rogaba, no les había ya derribado y asolado la ciudad, como á rebelde y obstinada. Mas pues ya no tenía á quien tener respeto, les quemaría las casas y los castigaría si no cesaba la guerra y eran sus amigos. Ellos respondieron que no dejarían las armas hasta verse libres y vengados; y que sin su consejo sabrían tomar el rey que por derecho les venía, pues los dioses les habían llevado á su querido Motezuma. Que del cuerpo harían lo que de otros reyes muertos. Y si él quería ir á morar con los dioses y tener compañía á su amigo, que saliese, y matar lo hían. Y que más querían guerra que paz, si había de estar en la ciudad. Y si se enojaba, que tendría dos males; ca ellos no eran como otros, que se rendían á palabras. Que también ellos, pues muriera su señor, por cuya reverencia no les tenían quemadas las casas y á ellos asados y comidos, le matarían si no se iba. Y una vez por una que saliese fuera, y que después tratarían de amistad. Cortés,

como los halló duros, conoció que iba malo su partido, y que le decían que se fuése para tomarlo entre puentes. Tanto les rogaba por el daño que recibía como por el que hacía. Así que, viendo cómo las vidas y el mandar consistían en los puños y tener buen corazón, salió una mañana con los tres ingenios, con cuatro tiros, con más de quinientos españoles y con tres mil tlaxcaltecas, á pelear con los enemigos, á derribar y quemar las casas. Arrimaron los ingenios á unas grandes casas que cabe una puente estaban. Echaron escalas para subir á las azoteas, que estaban llenas de gente, y comenzaron á combatir las; mas presto se tornaron al fuerte sin hacer cosa que dañase mucho los contrarios, y con un español muerto y otros muchos heridos, y con los ingenios quebrados. Fueron tantos los indios que al ruido cargaron, y apretaron en tanta manera á los nuestros, que no les dieron lugar ni vagar de soltar los tiros. Y los de aquella casa tiraron tantas piedras y tan grandes de las azoteas, que desbarataron los ingenios y los ingenieros. Y los hicieron volver más de á paso en poco tiempo. Como los hubieron encerrado, cobraron todas las casas y calles perdidas y el templo mayor, en cuya torre se encastillaron quinientos principales hombres. Metieron muchos bastimentos, muchas piedras, muchas lanzas largas y con hierros de pedernal, anchos y agudos. Y á la verdad con ninguna arma hacían tanto daño como con piedras, ni tan á su salvo. Era fuerte aquella torre y alta, según ya dije, y estaba tan cerca del fuerte de los nuestros, que les hacía muy gran daño. Cortés, aunque con harta tristeza, animaba siempre los suyos, y siempre iba delante á las afrentas y peligros. Y por no estar acorralado, que no lo sufría su corazón, toma trescientos españoles, y va á combatir aquella torre. Acometióla tres ó cuatro veces y otros tantos días; mas nunca la pudo subir, como era alta y había muchos defensores con buenas piedras y armas, con que por detrás le fatigaban mucho. Antes siempre venían rodando las gradas abajo



heridos y huyendo, de que orgullosos los indios, seguían los nuestros hasta las puertas del real. Y los españoles iban de cada hora desmayando más, y muchos murmurando. Estaba su corazón con estas cosas cual pensar podéis. Y porque los indios, con tener la torre y victorias, andaban más bravos que nunca, así por obras como de palabras, determina Cortés salir, y no tornar sin ganarla. Atóse la rodela al brazo que tenía herido; fué, cercó y combatió la torre con muchos españoles, tlaxcaltecas y amigos; y aunque los de arriba la defendieron recio y mucho, y derribaron tres ó cuatro españoles por las escaleras, y vinieron muchos á socorrerla, la subió y ganó. Pelearon allá arriba con los indios hasta que los hicieron saltar á unos pretilles ó andenes que tenía la torre al rededor, un paso anchos ó más; los cuales eran tres, y uno más alto que otro dos estados, ó conforme á los sobrados de las capillas. Algunos indios cayeron al suelo por saltar de uno en otro, que allende del golpe llevaban muchas estocadas de los nuestros, que abajo quedaron. Españoles hubo que, abrazados con los enemigos, se arrojaban á los pretilles y aun de uno en otro, por matarlos ó echar al suelo; y así, no dejaron á ninguno vivo. Pelearon tres horas allá arriba; que como eran muchos indios, ni los podían vencer ni acabar de matar. En fin, murieron todos quinientos indios como valientes hombres. Y si tuvieran armas iguales, más mataran que murieran, según el lugar y corazón tenían. No se halló la imagen de nuestra Señora, que al principio de la rebelión no podían quitar; y Cortés puso fuego á las capillas y otras tres torres, en que se quemaron muchos ídolos. No perdieron coraje aunque perdieron la torre; con el cual, y por la quema de sus dioses, que al alma les llegó, hacían muchas arremetidas á la casa fuerte de los nuestros.

#### Rehusan los de Méjico las treguas que Cortés pidió

Cortés, considerando la multitud de los enemigos, el ánimo, la porfia, y ya que los suyos estaban hartos de pelear, y aun ganosos de irse, si los indios los dejaran, tornó á requerir con la paz y á rogar á los mejicanos por treguas, diciéndoles que morían muchos y no mataban ninguno, y que las demandaba para que conociesen su daño y mal consejo. Ellos, más endurecidos que nunca, le respondieron que no querían paz con quien tanto mal les había hecho, matándoles sus hombres y quemándoles sus dioses, ni menos querían treguas, pues no tenía agua ni pan ni salud; y que si morían, que también mataban y herían; ca no eran dioses ni hombres inmortales, para no morir como ellos; y que mirase cuánta gente parecía por las azoteas, torres y calles, sin tres tanta que estaba en las casas, y hallaría que más aún se acabarían sus españoles muriendo uno á uno, que los vecinos de mil á mil ni de diez en diez mil; porque, acabados aquellos que veía, vendrían luego otros tantos, y tras aquellos, otros y otros; mas, acabado él y los suyos, que no vendrían más españoles, y ya que ellos no los matasen con armas, se morirían de heridas y de sed y de hambre; y aunque ya quisiesen irse, no podrían, por estar deshechas las puentes, rompidas las calzadas, no teniendo barcas para ir por agua.

En estas razones, que le dieron bien qué pensar y temer, les tomó la noche; y cierto la hambre sola, el trabajo y cuidado, los consumía, y consumiera sin otra guerra. Aquella noche se armaron los medios españoles, y muy tarde salieron, y como los contrarios no peleaban á tales horas, quemaron fácilmente trescientas casas en una calle. Entraron en algunas, y mataron los que dentro hallaron: quemáronse entre ellas tres azoteas cerca del fuerte, que



les hacían daño. Los otros medio españoles adobaban los ingenios y reparaban la casa. Como les sucedió bien la salida, tornaron en amaneciendo á la calle y puente, do les desbarataron los ingenios; y aunque hallaron muy gran resistencia, como les iba la vida, que de la honra ya no hacían tanto caudal, ganaron muchas casas con azoteas y torres, que quemaron; ganando asimismo, de ocho puentes que tiene, las cuatro, aunque estaban tan fuertes con albarradas de lodo y adobes, que apenas los tiros derribarlas podían. Cegáronlas con los mismos adobes y con la tierra, piedras y madera de lo derrocado; quedó guarda en lo ganado, y volviéronse al real con hartas heridas, cansancio y tristeza, porque más sangre y ánimo perdían que tierra ganaban. Luego otro día, por tener paso á tierra, salieron, ganaron y cegaron las otras cuatro puentes de aquella misma calle, y fueron veinte de caballo corriendo hasta tierra firme, tras los enemigos que huían; y estando Cortés cegando y allanando las puentes y malos pasos para los caballos, llegaron á le decir cómo estaban esperando muchos señores y capitanes que querían paz; por eso que fué allí, y llevase un tlamacazque, que era de los sacerdotes principales, y estaba preso, para entender en los conciertos de ella. Cortés fué y lo llevó; tratóse de la paz, y el tlamacazque fué á que dejasen las armas y el cerco del real; empero no tornó. Todo era fingido y por ver qué ánimo tenían los nuestros, ó por cobrar el religioso, ó por descuidarlos. Con tanto, se fueron todos á comer, que era ya hora; mas no fué bien sentado Cortés á la mesa, cuando entraron ciertos de Tlaxcallán dando voces que los enemigos andaban con armas por la calle, y habían cobrado las puentes perdidas, y muerto los más españoles que las guardaban. Salió luego á la hora con los de caballo que más á punto estaban, y algunos de á pie; rompió el cuerpo de los adversarios, que muchos eran, y siguiólos hasta tierra. Á la vuelta, como los españoles de pie estaban heridos y cansados de pelear y guardar la calle, no pudieron

sostener el ímpetu y golpe de los muchos contrarios que sobre ellos cargaron, y que hincharon tanto la calle, que aína no pudieron tornar á su aposento; y no sólo estaba llena la calle de gente, mas aun había por agua muchas canoas, y los unos y otros apedrearon y agarrocharon los nuestros bravísimamente, é hirieron á Cortés muy mal en la rodilla, de dos pedradas, y luego anduvo la fama por toda la ciudad que le habían muerto, que no poco entristeció á los nuestros y alegró á los indios; mas él, aunque herido, animaba los suyos y daba en los enemigos. Á la postrera puente cayeron dos caballos, y el uno se soltó, y embarazaron el paso á los que venían detrás. Revolvió Cortés sobre los indios, é hizo al tanto de lugar; y así, pasaron todos los de caballo, y el que fué postrero hubo de saltar con su caballo á muy gran trabajo y peligro, y fué maravilla que no le prendieron; diéronle con todo de pedradas; con que se recogió al real ya bien tarde. En cenando, envió algunos españoles á guardar la calle y ciertos puentes de ella, porque no las recobrasen los indios ni le fatigasen en casa la noche, que quedaban muy ufanos con el buen suceso del día; aunque no acostumbran ellos, según de suso dije, pelear de noche.

#### Cómo huyó Cortés de Méjico

Cortés, viendo perdido el negocio, habló á los españoles para que se fuesen, y todos ellos holgaron mucho de oirlo; ca no había casi ninguno que herido no fuese. Tenían miedo de morir, aunque ánimo para morir; porque eran tantos indios, que aunque no hicieran sino degollarlos como á carneros, no bastaban. No tenían tanto pan, que se osasen hartar; no tenían pólvora ni pelotas ni almacén ninguno; estaba aportillada la casa, que no pocos se ocupaban en la guardar. Todas eran bastantes estas causas